



NO LES DAREMOS EL GUSTO DE VERNOS LLORAR

De Fabian Severo

¡Envejecer es estorbar por todos lados!

Tal vez esta sombrinha
sea el único lugar onde no molestemo.

¡Deben ser las dos de la tarde!
Esperemo bajo el castaño
a que el mormazo se amanse.
Cuando el aire refresque el corredor de las begonia,
sacamo las silla para la vereda.
¡Con esta calor no se puede ni pensar!

Tanteo las pared
con el temblor de mis mano
como si quisieran sacudirse
el polvo de la soledad,
arrastro mis pie por las pieza vacía
y no encuentro la libreta onde anotaba
los nombre y las fecha de nacimiento.
No quería que termináramos siendo
una familia de chiflados sin memoria
y al final
fuimo un laberinto de olvidamiento,
onde cada uno repite
todos los día
sin darse cuenta
los mismos atajo,
las mismas careta,
y hasta las mismas palabra en la mesma hora.
Lembro un pueblo envejecido de casas descolorida,
un cementerio con olor a pólvora
y me pregunto si un apellido puede pesar tanto
como un cielo de cinc aplastando nuestras cicatriz.

¿Será por eso que las lengua de la gente dicen-que-dicen,
estragando nuestra historia?
Que nuestras parede son de espejo,
que era muy niña pra se casar,
que el santo de yeso está lleno de monedas de oro,
que la más chica anda pelada por las calle,
que tenemo un cuarto tapado de pinico,
que vamo nos morir de viejo arrecostados neste árbol,
que todas nuestras guerra
solo eran pra no pintar la casa de azul...

¡Deben ser más de las dos!
A veces, tengo la sensación de que el tiempo remolina
nuestro nombre.

¿Vos también sentís el fardo de los año?
¿Ainda te tiembla el corazón?

Lembro los gurí jugando en la vereda
o sentados en la mesa del comedor.
¡Qué rápido crecen los hijo!
¡Una es madre para siempre!

No me hagas caso.
Mis palabra son fantasmas.
Mientras Dios me dea vida,
voy apretar con los diente cada ladrillo de esta familia.

¿Te acordás cuando nosotros era joven?
Yo traía un gurí en la barriga,
vos abrías el horizonte buscando espuma de mar.
¿Cómo íbamos a saber
que en la orilla de un río de pedras blanca,
istaba la guerra inútil,
las locura de nuestros hijo,
los desastre cotidiano,
la peste que no dejaba dormir,
los pescadito de oro,

la gurisa comiendo puñados de tierra en el jardín?
¿Y la vez que me tapé los oído con cera de abeja
para no enloquecer con la aturdimión de pájaro?

¡Ya empieza entardecer!
Asvés, siento que nuestro corazón es de hielo
y que disparamo del sol
para que no se derrita.

Esta sombra en el medio del patio,
la casa como un nido de cal,
el tiempo brincando a la rueda-rueda
en las calle polvorienta,
espiral de soledade
que nos devuelve al principio,
cuando nosotros empujaba los sueño,
atravesando la sierra,
buscando una salida al mar.

No te pongas triste.
Quien sabe mañana
nosotros ya no estea
y una llovizna de florcitas amarelas
caiga sobre la noche
y tienda en la calle
una colcha de primavera.

¡El sol dio una aliviada!
Vamo sentarnos en la puerta de la calle
a espantar los mosquito
mientras esperamo que pase nuestro propio entierro.

Fabián Severo (Uruguay). Es docente de Literatura, coordinador de talleres de escritura y autor de los libros *Noite nu Norte. Poemas en Portugués* (2010; Mención de Honor en el Premio Nacional de Literatura / MEC, 2012.), *Viento de nadie* (2013), *NósO-tros* (2014), *Viralata* (2015), distinguida en 2017 con el Premio Nacional de Literatura / MEC, *Sepultura* (2020) y *Abecedario poético + gráfico*, junto a Alejandro Sequeira (2023).

Parte de su obra ha sido publicada en Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Argentina, España y Estados Unidos. En 2010 recibió el Premio Morosoli en la categoría Poesía. En 2012 obtuvo la beca "Justino Zavala Muniz", otorgada por el Ministerio de Educación y Cultura. En 2017 ganó el Premio Nacional de Literatura.